

Título del trabajo:
**“ORGANIZACIÓN CAMPESINA Y DIGNIDAD PERSONAL EN CONTEXTOS DE
CLIENTELISMO POLÍTICO. ANÁLISIS DE UN CASO EN LA PROVINCIA DE
FORMOSA”**

Eje temático: Acción y Estructura

Autor: Lic. Fernando Pablo Landini

Email: landini_fer@hotmail.com -- *Teléfono:* 4583-1146

Dirección: Galicia 1240. Capital Federal

Institución a la que pertenece: Facultad de Psicología (UBA) – Becario CONICET

Resumen:

El presente trabajo aborda la construcción del clientelismo político en las zonas rurales cercanas a los poblados de Misión Taacaglé y General Belgrano (Formosa) y el papel del Movimiento Campesino Formoseño (Mocafor) en la recuperación de la dignidad personal y la autoestima de los pobladores más comprometidos. Particularmente se destaca el posicionamiento pasivo que imponen las relaciones clientelares y la recuperación de un rol más activo posibilitado por la participación en la organización campesina. Finalmente, luego de la exposición del caso, se comentan algunas posibilidades de acción futuras. La metodología de investigación empleada para la formulación de este trabajo incluyó el análisis de registros etnográficos y la toma de entrevistas a lugareños. El marco teórico utilizado incluye aportes de la antropología social y de la psicología comunitaria latinoamericana sobre clientelismo político y organización comunitaria.

Palabras clave:

Campesinos – Clientelismo – Dignidad – Organización

Introducción

En el trabajo que sigue, se presentan los avances de la investigación en curso “Organización y Participación en una Comunidad Campesina Formoseña. Aportes para una Conceptualización Crítica del Desarrollo”, realizada en el contexto de una beca de doctorado otorgada por el CONICET. Particularmente en esta presentación se procuran explicar las razones del mantenimiento de ciertas formas de control político y económico en las áreas rurales de las localidades formoseñas de General Belgrano (departamento Patiño) y de Misión Tacaaglé (departamento Pilagás), ubicadas a unos 200 kilómetros el noroeste de la ciudad de Formosa, capital de la provincia homónima. Asimismo, se destaca la manera en que la participación en el Movimiento Campesino Formoseño (Mocafor) favorece el fortalecimiento de la autoestima y de la dignidad personal de los campesinos. Finalmente se presentan algunas reflexiones sobre las posibilidades de acción en el contexto de un trabajo de investigación acción participativa.

Metodología

La metodología utilizada para la recolección de información contempló varias estrategias. En primer lugar, desde el año 2002 se realizaron 4 viajes a la zona (particularmente al poblado de Portón Negro, de unos 400 habitantes). En el primero de ellos se estableció contacto con el Mocafor a partir de la relación previa que tenían con él la Comisión de Extensión ‘Viajes y Pasantías’ (Facultad de Agronomía, UBA) y la Comisión de Pasantías Arturo Jauretche (Facultad de Ciencias Sociales, UBA). Allí, a partir del apoyo de esta organización campesina y de los mismos pobladores, quien escribe pudo convivir con los lugareños, llegando a tener un conocimiento experiencial del lugar y de las prácticas cotidianas. En el último viaje (enero de 2005), se realizó un registro exhaustivo de la experiencia con una metodología de tipo etnográfica. Además, se realizaron 6 entrevistas a campesinos, 2 de ellos delegados del Mocafor. También fueron recabados datos estadísticos aportados por el INDEC. Por otro lado, se destaca la importancia que tuvo en el proceso la investigación realizada por Sapkus (2002) sobre del Mocafor y sus condiciones de surgimiento, la cual permitió obtener información adicional.

Presentación del caso: el campo formoseño

La provincia de Formosa es una de las más pobres del país. El índice de pobreza urbana según el INDEC en el segundo trimestre de 2004 era del 53,8%. Este índice sólo toma en consideración a la ciudad de Formosa, no a todo su territorio. Asimismo y según el censo

del año 2001, la población con Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) en la provincia era del 33,6%. Según indica Sapkus (2002), existe acuerdo en sostener que los índices de pobreza y de NBI en nuestro país, son más altos en los medios rurales que en los urbanos. Por tanto, si bien los datos mencionados son indicativos y permiten realizar comparaciones, debe considerarse que las cifras correspondientes a las localidades mencionadas podrían ser significativamente más altas.

Portón Negro, el poblado en el que se ha hecho la mayor parte del trabajo de campo, es una de las colonias campesinas que están ubicada en la zona. La población de cada una de estas colonias oscila entre 50 y 400 habitantes. La mayor parte de los pobladores son campesinos (con y sin tierra) que viven del cultivo y de la cría de animales menores o trabajando con cosecheros o carpidores en chacras ajenas. Las casas no cuentan con cloacas y son unos pocos pueden usar gas de garrafa para cocinar. Algunas de ellas tienen luz eléctrica. Existe un servicio que lleva agua del Arroyo “Porteño” a las casas pero sin realizarle ningún tratamiento para potabilizarla. El riacho llevaría este nombre, según comentan algunos vecinos ‘porque no sirve para nada’. Es así que las familias no suelen usar esa agua para consumo humano. Solamente la utilizan para riego cuando no tienen alternativa, porque saben que ‘no es buena’. Una fuente informada comentó que el arroyo contiene altos niveles de arsénico.

Los campesinos cultivan productos tanto para autoconsumo como para su comercialización. Así, plantan mandioca, batata, zapallo, maíz, etc. El cultivo industrial más importante es el algodón. Este tiene la característica de tener un mercado organizado y con colocación asegurada por la demanda de los mercados de exportación. En cambio, el resto de los cultivos mencionados posee problemas de comercialización. Como resulta un hecho que los campesinos no suelen tener capacidad de transporte para su producto, esperan que los compradores (intermediarios) se acerquen a su propiedad. Si ninguno se acerca a su chacra, la producción termina por quedarse sin vender y finalmente se pudre. Tanto en la venta de algodón como de otros productos de chacra existe una importante cadena de intermediarios. Son estos, y no el pequeño productor, los que establecen el precio de venta de los productos. Por ejemplo, en el caso del algodón, ellos pueden hacer diferencias del 10% del precio final en 2 o 3 días al poder pagar en efectivo la producción en el momento de la cosecha y tener la logística adecuada para realizar el transporte. La ganancia del intermediario parece ser mayor aún en el caso de las hortalizas ya que, al no tener el campesino la venta asegurada, los productores deben vender a cualquier precio. Dice un campesino: “él pone el precio y, ¿vos qué podés decir? Si no le vendés a él, ¿a quién le vendés?”. Y otro dice: “Tenés que venderle,

si no le vendés se te pudre todo y perdés, esa es la peor cosa que nos puede pasar”. Los campesinos reconocen que quien oficia de intermediario arriesga poco dinero (ya que compra sobre venta asegurada) y obtiene una importante utilidad. Los lugareños consideran que en la intermediación se está obteniendo una ganancia de carácter ilegítimo a costa del bajo precio que le pagan al campesino. Conversando con un intermediario, éste afirmó que como él era una persona sensible, al intermediar algodón, solo le “sacaba” 30 o 40 pesos por tonelada al campesino (sobre un precio de venta de 900 ó 1000 pesos por tonelada en ese momento) en lugar de 100 pesos. Este imaginario de ‘expropiación’ del que hablaban los campesinos, aparecía también en esta persona que no nombraba a este beneficio económico como ‘ganancia’ o ‘diferencia’, sino que la describía como algo que se ‘sacaba’ al campesino, sugiriendo (de manera velada) un cierto margen de *ilegitimidad* en su acción.

El clientelismo político

En términos generales, el clientelismo político se sostiene en la existencia de situaciones más o menos extendidas de pobreza y en la ausencia de protección social universal por parte del Estado (Rouquié, 1990). Así, la ayuda social disponible es distribuida de manera discrecional, intercambiándola por subordinación política. Los porcentajes de pobreza indicados y la cantidad de población con necesidades básicas insatisfechas, sumado al importante desempleo y a la elevada tasa de empleo público, conforman una base material fuerte para el establecimiento de relaciones clientelares. Estas poseen cierto rasgo perverso si pensamos en la posibilidad de implementar políticas e iniciativas orientadas al desarrollo local de la zona. Las relaciones clientelares se sostienen en la pobreza de la población y por tanto un aumento significativo de los ingresos y la consecuente disminución de la pobreza desorganizaría las bases materiales de su poder. Por tanto, no puede esperarse que el poder clientelar inicie realmente políticas de desarrollo local ya que esto sería contrario a sus intereses.

Como se señaló, el clientelismo político se apoya en la distribución discrecional (aunque no azarosa) de las ayudas públicas. En este caso puede destacarse el plan Jefes y Jefas. Como dice un delegado del movimiento campesino “Posiblemente, uno de los elementos que más sirven a la clase política son los programas sociales”. En términos concretos y dependiendo de las circunstancias, la recepción de un plan o ayuda social implica para quien la recibe un compromiso tácito de lealtad o al menos de no interferencia con el partido o el dirigente que acercó el beneficio. La contrapartida de esto son las amenazas que realizan los punteros políticos con la pérdida de los planes sociales a quienes no aceptan la

subordinación que se les impone. Así, se articulan estrategias de seducción (ofrecimiento de beneficios o ayudas) con estrategias de disuasión (amenazar con su finalización). Es importante tomar en consideración cómo se siente la población en estas circunstancias. Según dijo un campesino, “se sienten manipulados”. Esto marca una diferencia entre la relación clientelar y la de patronazgo. La relación que se establece con el patrón se encuentra enmarcada en un sistema de reciprocidades que implica deferencia, por un lado y protección y cuidado, por el otro, que se prolonga incluso más allá de los intereses del propio patrón. Si bien la relación también es de subordinación, no hay percepción de manipulación ni de explotación económica o política. En cambio, en las relaciones clientelares, los campesinos se sienten objetos de los políticos, perciben que los manipulan, sin poder negarse a ello por la situación de necesidad en la que se encuentran. Lo que sucede con los planes sociales, también puede suceder con los empleos públicos. Muchas veces son utilizados para seducir (cuando se los ofrece) o para disuadir (cuando se amenaza con su pérdida o con algo indeseado). Dice un campesino que pidió no ser identificado por temor a las consecuencias que podría traerle su opinión: “Yo estoy [en este puesto] gracias al gobierno actual, conseguí laburo gracias a él. ¿Cómo poder decir ‘mirá, el gobierno es así’, aunque haya cosas que no me gustan no... no puedo tocar ese tema por temor a perjudicarme” El temor a perder el empleo genera autocensura: se hace peligroso expresar la propia opinión sobre el gobierno. Pero además de esta autocensura existen ciertas formas de amenaza. Dice un campesino: “el miedo, acá es al apriete, ‘Vos porque sos docente, no te vayas a meter con fulano porque mañana te saco del cargo’, ‘Vos porque –qué sé yo– sos agente policial, ojito con lo que hacés porque mañana te corro a Los Chiriguano’ [una localidad del otro extremo de la provincia], porque es así, porque acá el apriete el día cuando van a votar”. Esto se suma al control casi absoluto de los medios de comunicación locales (tres o cuatro emisoras radiales) por parte de referentes políticos locales o provinciales de la misma coalición política.

Por otra parte, las modalidades clientelares para controlar a las personas se articulan con estrategias para desarticular a las organizaciones que puedan generar núcleos de poder alternativo. En el primer viaje realizado a la zona con el objetivo de trabajar en el fortalecimiento de la cooperativa campesina *Coeyú Ltda.* (‘Amanecer’ en guaraní), el equipo de trabajo fue ‘visitado’ por la policía local con la intención no declarada de ‘disuadir’ a los visitantes. Conocidos de los oficiales de policía comentaron luego que la orden había venido de un diputado provincial con intereses en el negocio del algodón. Dirigentes de productores bananeros de una zona cercana, algo más capitalizados, comentaron que el gobierno puede digitar controles impositivos específicos para dirigentes de organizaciones opositoras, por eso

los números deben estar 'bien claros'. Finalmente, también existe la compra lisa y llana de miembros de organizaciones y la cooptación al interior del partido gobernante (como sucedió con un importante líder campesino de la década de los 70'). Como dice un delegado del Mocafor: "en política es el todo vale, y acá compraron muchos dirigentes, compraron presidentes de cooperativas, ¿entendés?, presidentes de organizaciones" A la vez, otro dirigente señala: "Sí, sí. O sea, a los intentos de organización nuestros, que algo hay, hubo ofertas para dirigentes, hubo compañeros que se vendieron, intentos de romper es el laburo del gobierno las 24 horas del día". Este mismo dirigente, Benigno López, comentó, autorizando a su publicación que el mismo gobernador provincial Gildo Insfrán le había ofrecido dinero para sus propios bolsillos para que decidiera el levantamiento de una protesta campesina. Estas estrategias del gobierno para desarticular organizaciones y protestas, se unen a un profundo sentimiento de desconfianza que existe entre los habitantes de las colonias, lo que dificulta la asociación y los emprendimientos colectivos. Algunos de ellos reconducen esta desconfianza a una acción de los punteros: "los políticos, porque ellos [son] lo[s] que nos hacen odiar todos, por ejemplo, yo estoy bien con mi vecino, y viene el otro y le dice 'No, el otro está mintiendo, ese te está haciendo esto, ese te está...' Y después vos al otro día te vas y estás así con la cara larga, y no... Te envían a una persona y te envenena la mente". Además, señalan que la desconfianza proviene de las traiciones, por ejemplo de dirigentes, que se han vendido al gobierno. Pero estas situaciones no parecen, por sí solas, explicar la desconfianza existente. Muchas veces son los modos de manejarse de la gente lo que la produce. Dice un campesino: "todos te estafan, todos son estafadores y vos agarrás, vos querés ser recto por ejemplo, él quiere ser recto [señalando a su padre], él no le quiere estafar ni un peso a ese y entonces, las otras personas 'sos un tonto, no querés hacer esto, vos tenés que comer, pedile un 100 pesos a ese director que te de, pedile esto, traé comida de la escuela', pero no, nosotros no da para eso, y entonces ahí ya se enojan los otros porque él no es corrupto, acá tenés que ser [corrupto]". Pero mediante una indagación en terreno, se ha comprobado que muchas veces esa desconfianza es infundada. Por ejemplo, se decía que cierta familia había desplazado el destino de un crédito para la producción "llevándose la plata", pero se visitó dicha casa y se pudieron observar los implementos productivos comprados. Lo mismo sucedió cuando se visitó a otra familia que estaba en la misma situación. Tal vez no se trate tanto de que las narraciones referidas a la desconfianza sean objetivamente ciertas, sino del hecho de que ésta está instalada como modo de comprender e interpretar cierto tipo de experiencias, y se convierte en una expectativa. Surge un tipo de narración con la que se procura dar a conocer al extraño (en este caso porteño) las características del lugar. Son los

relatos de experiencias de traiciones o engaños, que son los que justificarían esas expectativas negativas sobre las conductas de los otros. En este contexto, pensar en estrategias organizativas y asociativas entre los lugareños, parece ser algo difícil. Así, la desconfianza se convierte en un poderoso aliado de las injusticias establecidas.

En resumen, puede verse que existe localmente lo que podemos denominar una doble expropiación. Una expropiación económica que se aprovecha de la fragmentación y falta de recursos sociales y organizativos del campesino para apropiarse de una parte significativa del excedente de la producción primaria. Y una expropiación de poder político asociada al clientelismo. Asimismo, se ha señalado que los pobladores perciben esta situación como ilegítima y dada en un contexto de manipulación. Ahora, la pregunta debe ser, ¿cómo se posiciona el campesino respecto de esta situación? ¿Qué hace respecto de ella?

El posicionamiento frente a la realidad

En este trabajo se define posicionamiento activo como la disposición o actitud positiva a movilizar los propios recursos para influir en aquellas cuestiones que resultan insatisfactorias o para alcanzar aquellas que son deseadas. En este sentido, puede afirmarse que existe un continuo entre posicionamiento activo y pasivo y que éste puede diferir de acuerdo a la naturaleza de la situación.

En principio, la lógica de las relaciones clientelares tiende a posicionar a la población en un lugar pasivo. El campesino es incorporado en una relación en la que va a solicitar, a pedir recursos, frente a otro que es dador de ellos (Landini, 2004). El campesino pide bolsas de semilla, planes sociales, cajas de comida, pide para el cumpleaños de 15 de la hija y para tener un grabador para armar una peña. Un delegado del Mocafor, aún sosteniendo en otros fragmentos de la entrevista una posición distinta, señaló sobre un pedido de semillas hecho al municipio: “creo que se consiguió 500 bolsas, creo, no era la solución total, faltaría otras 500 o 1000 más, pero, en parte se palió la necesidad de la gente [...], para eso es la organización”. La organización campesina, aparece aquí como el medio para obtener recursos del Estado y no como una manera para modificar la naturaleza de la realidad para no necesitar más de su asistencia. Es cierto que el reclamo, en este caso de semillas, no corresponde a la misma pasividad que implica la espera de asistencia, pero en el fondo no se aparta de su lógica: el recurso siempre es algo que se recibe de otro, reproduciéndose así la relación de dependencia. Es en esta posición que tanto el modelo clientelar como muchas políticas sociales tienden a colocar a las personas. Son tratadas más como objetos a asistencia que como sujetos de autodeterminación y desarrollo. Se asiste. No se transfieren recursos o capacidades para

romper el círculo de la dependencia sino que se lo tiende a perpetuar. Por eso las políticas de asistencia (que no lo son de promoción) son funcionales a las modalidades clientelares. Una primer consecuencia subjetiva del hecho de ser objetos de asistencia y no sujetos de promoción, es la pérdida de la autoestima, de la valoración de sí como personas. De esta forma y a la vez, se pierde confianza en las acciones que uno realiza o puede realizar como sujeto de cambio, ya que quien las realiza se encuentra desvalorizado.

La Organización Campesina

El Movimiento Campesino Formoseño surge a mediados de la década de los 90' con apoyo de dos sacerdotes de la Iglesia Católica en el contexto de una fuerte crisis económica local potenciada por las políticas de cambio fijo y sobrevaluación de la moneda nacional. A partir de esos años pero particularmente a partir del año 2002, el Mocafor se expande desde las ciudades de Misión Taacaglé y General Belgrano hacia el resto de la provincia, siendo hoy la organización social provincial de carácter reivindicativo de mayor relevancia. A partir de dicho año y en el contexto de los conflictos piqueteros, el Movimiento recibió directamente desde el gobierno nacional (sin la intermediación del gobierno provincial) planes Jefes y Jefas para sus miembros. Esto le permitió romper con la dependencia material de muchos de ellos con los punteros, ya que la asistencia social dejó de estar intermediada por los gobiernos locales. Esta situación novedosa de manejar planes sociales al interior del Mocafor hizo que en cierto sentido se reprodujeran ciertas prácticas clientelares. Pero también posibilitó establecer un nuevo tipo de vínculo sostenido en intereses colectivos. Las relaciones clientelares son relaciones de tipo jerárquico que inhiben el establecimiento de lazos horizontales y por lo tanto la construcción de identidades colectivas que sean sostén de movimientos de cambio social. El surgimiento y aún más el fortalecimiento del Mocafor ha permitido la construcción de nuevas identidades en este sentido. Las personas más cercanas al Movimiento se describen con orgullo como campesinos. La participación en el Movimiento, asociada con el distendimiento de las relaciones clientelares ha posibilitado la búsqueda de alternativas frente a la realidad de subordinación y manipulación. Recordemos que, como decía un entrevistado, los campesinos “se sienten manipulados”. Este sentimiento de manipulación se experimenta en algún punto como pérdida de la dignidad personal, ya que en la manipulación son los otros, y no uno mismo, el que define sobre la propia vida. Muy por el contrario, la participación en el Movimiento parece favorecer en cierto punto la recuperación de la dignidad personal y la autoestima. El mismo entrevistado dice más adelante con entusiasmo: “hay un dicho de estos señores [los políticos] que dice que ‘Todo hombre tiene su

precio' y yo te diría que no, la dignidad de uno no tiene precio". En el fondo, no se trata sólo o especialmente de lo que se puede conseguir formando parte del Movimiento (que sin duda es importante) sino de la recuperación de algo que no tiene precio. Algo que no puede ser comprado ni vendido. Algo que debe ser ganado: la dignidad de ser sujetos de la propia historia y no objetos de la de nadie. Esta recuperación de la dignidad aparece mediada por percepción de la capacidad personal y colectiva de poder influir en la realidad que da la pertenencia al Mocafor. Dice Benigno López, referente máximo del Movimiento:

“López: Nosotros queremos una política de desarrollo integral para el campo formoseño.

Entrevistador: ¿Integral qué sería?

López: Y que... la familia del campo, no sea un objeto sino un sujeto de desarrollo y de transformación social y que sean protagonistas de su propio destino”

Esta recuperación de la dignidad y de la autoestima, relacionadas con el establecimiento de un nuevo tipo de relaciones y con un nuevo posicionamiento, es la fortaleza más grande del Movimiento y de sus miembros. Dota a sus acciones de una valoración ética que va más allá de los intereses concretos que se defienden. Es, como dice Freire, “Una fortaleza que le falta al más fuerte: su convicción ética e histórica de que su lucha es legítima” (1993, p. 164).

Recapitulación

En el caso presentado se ha visto el modo concreto de construcción del poder clientelar en una región rural formoseña. En esto, se procuró destacar el posicionamiento pasivo que favorecen las relaciones clientelares. De la misma forma, se mostró cómo el Movimiento Campesino Formoseño ha permitido la construcción de nuevas identidades y el establecimiento de relaciones sostenidas en una lógica diferente. A continuación, se consideró de importancia señalar el aumento de la autoestima y la dignidad que favorecía la implicación en el Movimiento. Finalmente y en el contexto de un modelo de investigación social que no sólo busca conocer la realidad sino transformarla, resta reflexionar sobre posibles líneas de acción. Martín-Baró (1990) se preguntaba cuál debería ser la posición del psicólogo –en tanto psicólogo– frente a las injusticias establecidas. Su respuesta era la siguiente: “la psicología debe tratar de ponerse al servicio de las mayorías desposeídas de nuestros pueblos [...] ponerse al servicio de las mayorías significa vincularse a instancias y organizaciones

concretas, cuya representatividad popular resulta con frecuencia cuestionable [...] la opción concreta pasa siempre por un ‘ensuciarse las manos’; sólo los ‘revolucionarios de salón’ creen mantener íntegra su pureza” (1990, pp. 24-25). Como se ha mencionado antes, el Mocafor no es una organización exenta de contradicciones. El marco de relaciones clientelares en el que se haya inserto hace que en diversas oportunidades estas modalidades se reproduzcan en su interior. De todas formas, la existencia de contradicciones no se opone a que la organización sea importante para la defensa de los intereses del campesinado pobre. Ahora bien, ¿qué líneas de acción conjunta podrían pensarse en este caso en un proceso de investigación acción participativa? Las ideas que siguen no representan un listado acabado sino un conjunto de propuestas provisionarias que pretenden ser objetos de discusión.

1) Favorecer pequeños emprendimientos asociativos al estilo de siembras programadas o ventas en conjunto de productos de huerta para obtener mejores precios de venta. Así, sería posible obtener un beneficio tangible y a en plazo relativamente corto, lo que permitiría generar expectativas positivas respecto del trabajo asociativo y la organización. La cooperativa *Coeyú* podría jugar aquí un papel importante.

2) Favorecer el posicionamiento activo del campesinado en la solución de los problemas que los aquejan, a partir del reconocimiento de su potencialidad para influir sobre el propio contexto de vida. Para esto, técnicas de diagnóstico participativo y de análisis de situación orientadas a la concientización y a la identificación colectiva de soluciones posibles, podrían ser una estrategia adecuada. Esto permitiría objetivar los problemas, cuantificarlos e imaginar posibilidades de acción que los conviertan en situaciones abordables. Las reuniones que hacen periódicamente los miembros del Mocafor en distintas localidades podrían ser una buena oportunidad para este trabajo.

3) Para lo anterior, sería de interés transferir al Movimiento técnicas de trabajo participativo. Esto fortalecería la relación entre los campesinos y sus delegados y permitiría que de manera participativa y a partir del trabajo conjunto se definieran las líneas de acción prioritarias para cada nivel.

Lamentablemente este conjunto de propuestas es bastante general y tentativo. Aún no se han acordado estrategias de trabajo con la organización, pero sí existe voluntad de trabajo conjunto. De todas maneras, ninguna estrategia de acción podrá ser definida desde fuera. Si así fuera, se volvería a tomar a las personas como objetos de intervención y no como sujetos de su propio cambio. El hecho mismo de acordar una estrategia conjunta que favorezca el trabajo de investigación y la organización social es parte de la tarea a realizar. Esperemos que la expectativa pueda convertirse en realidad.

Bibliografía

Freire, P. (1993). *Pedagogía de la Esperanza*. México: Siglo XXI.

Landini, F. (2004). “Los efectos psicosociales del clientelismo político en un pequeño poblado formoseño”. En: *Memorias de las XI Jornadas de Investigación*. Buenos Aires: Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, pp. 71-73.

Martín-Baró, I. (1990). “Hacia una psicología política latinoamericana”. En *Cuadernos de Psicología*. Vol. 11, n° 1, pp. 5-33.

Rouquié, A. (1990). *Extremo occidente: introducción a América Latina*. Buenos Aires: Emecé.

Sapkus, S. (2002). “Acción colectiva campesino y clientelismo. Una experiencia en la Argentina de los noventa”. En: *Etnia* (edición digital). N° 44-45. Olavarría: Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría, pp. 201-221.